

1 DE ABRIL, 1972

Los viejos árboles reverdecen de nuevo,
la sociedad de consumo y la emigración continúan su marcha inexorable,
los vencedores limpian sus medallas y recuerdan,
nostálgicos,
aquel hermoso día de himnos desplegados.
33 años.

Sobre las ruinas de un pueblo ametrallado nacen rosas con olor a gasolina,
brotan flores sin ideología y sonrisas europeas.
Aquí, a orillas de este mar, acabó todo, dicen.
Cruces nórdicas y mediterráneas brillaban,
marcadas a fuego,
en los tanques y en los almendros.

La guerra ha terminado.

Credere, ubbedire. En Berlín se encendían luminarias.

Cuidadosa, delicadamente,
iban surgiendo los campos de concentración
y el país volvía, por fin, a la normalidad.

Olvidando canciones y alegría, alguien subía
a las montañas,
alguien cruzaba las fronteras sin dejar de mirar atrás.

No pasarán.

Después, vino lo demás:

los colores se fueron oscureciendo,
los brazos en alto languidecieron,
el imperio se transformó en una vaga, imprecisa añoranza,

due popoli, ein krieg,
les liaisons dangereux,

y nuevos amigos vinieron, con estrellas y barras, aviones y napalm.

De vez en cuando

la sangre corría por las calles,
algunos morían al amanecer,
en las esquinas aparecían misteriosas palabras, de oculto significado,
tales como *paz, pan,*
libertad.

Es una larga y conocida historia.